

Que se sepa, los príncipes azules destiñen



Una mañana me despertó de madrugada mi amiga Natalia, volviendo de una fiesta, su coche se detuvo en medio de la carretera y no sabiendo que hacer, no se le ocurrió mejor idea que llamarme a mí, a las cinco de la madrugada de un domingo. Por algún motivo su Mustang descapotable del sesenta y seis la había dejado tirada. Sus conocimientos de mecánica iban poco más allá de ver si tenía gasolina y la llave puesta en el contacto, así que decidió utilizar otra máquina que controlaba mejor, el teléfono móvil y ahí es donde entro yo en esta historia. En general las mujeres no saben mucho sobre coches, y mi amiga no es la excepción, luego se preguntarán que hace una rubia de treinta y tres años con un coche como ese, es simple, no sabrán de coches, pero sí de que es lo que más le puede doler a un hombre.

Cuando pudo confirmar que su ex la engañaba, y a sabiendas de que el juez le daría la razón, no se esforzó en obtener ni la casa, ni la tele de plasma, ni los dos boxer campeones de agility, fue a por el coche, ahí, sin piedad, donde más duele, no solo por la

pérdida, sino también porque su ex sabía que ella era incapaz de darle los cuidados que él le dedicaba como si se tratara de un ritual, no había cosa en el mundo ni viva ni inanimada que recibiera del ingrato, mayor atención y esmero. Ella lo tuvo claro desde el principio... "el coche", lo llamaba su príncipe azul.

Hasta que comenzó a sospechar del engaño todo era un cuento de hadas, él parecía el típico príncipe azul de los cuentos, todo era bello, todo era tierno, todo era azul. Pero tuvo que pasar lo que las mujeres de los príncipes azules siempre dan por hecho que no pasará, esos príncipes comienzan de a poco a parecer que destiñen.

Al principio eran vagas sospechas, retrasos en el trabajo, fines de semana en ferias o convenciones, pero cuando aconsejó a su jefe que contratara a la becaria como secretaria en plantilla lo tuvo claro. Sentada en el guardabarros del poderoso Ford, lo comparaba con la experiencia que había sufrido con su anterior dueño, veía como la pintura, otrora tan deslumbrante, al no recibir los cuidados de antaño comenzaba a deslucirse. Yo, casi con ninguna gana de madrugar un domingo, y movido por la única motivación de ayudar a una amiga, sobre todo a una amiga como esa, que además de un gran coche, tenía una buena carrocería, recorrí los pocos kilómetros hasta donde se suponía que estaba, seamos realistas, la mayoría de las mujeres además de tener poca idea de coches, tienen casi nula orientación, así que, contando con que además aún era de noche, podía estar en cualquier sitio, menos donde ella decía.

Al cabo de algunas vueltas y ya con el sol indicando que un par de Donut's y café eran una buena idea, conseguí encontrarla.

Estaba reluciente, cuando su príncipe azul comenzó a desteñir, ella se desteñía a su par. La paranoia que la había poseído, le había hecho olvidar lo hermosa que era, y lo importante que era

para ella hacérselo notar al mundo, tanto se esforzaba en descubrir a su ex con la que ella suponía era su amante, que se olvidó de los eternos ritos de maquillajes, tacones y escotes profundos. Recuerdo cuando con un cigarrillo a medias se apoyaba en mi hombro y destilando rímel a cataratas me lloraba su desdicha relatando la cacería que no era capaz de concluir porque no daba con ellos juntos. Estaba segura de que su jefe lo protegía, él seguramente tendría algo también que ocultar y se cubrían las espaldas mutuamente, pero estaba obsesionada por llegar a encontrarlos in fraganti y poder decirle a la cara que no necesitaba indicios, que ella había sido más lista y lo había descubierto.

Cuando llegué me abrazó, no podía creer la luz que resplandecía, estaba tirada en una autovía, en medio del viento y después de pasar la noche en vela y parecía un ente divino, inalterable por las circunstancias del mundo. Se acercó, me abrazó, y me dio un beso que hasta me incomodó. Lo primero que le pregunté era si estaba cuidando bien el coche, quería desviar mis pensamientos de su perfume y de sus caderas. Ella me respondió que solo había cuidado con esmero a un príncipe azul en su vida y se lo había pagado de mal modo, y que no era mujer de cometer dos veces el mismo error.

Tuvo un día su ex el despiste de acordar en voz alta, pensando que no le escuchaban, un sitio y una hora para un encuentro carnal con su amante, y entre comentarios dulces, promesas de amor secreto y frases obscenas que mediaban entre proposición y amenaza, se despidió de ella justificándose con que debía encontrarse con su jefe para resolver un asunto.

El motor del Mustang todavía estaba caliente, a pesar de llevar varias horas parado, casi pude sentir sufrimiento por el dolor de pensar en ese motor a mitad de camino entre reliquia y obra de

arte sobrecalentándose hasta quedar incapaz de dar un solo ciclo más.

Es increíble como se parecen a veces las cosas a sus dueños, su príncipe azul, además de desteñir perdía aceite.

(MB)